

Giaconi, el Inconformista

La Difícil Juventud

Claudio Giaconi. Editorial Sudamericana, Santiago, 1997, 162 páginas.

por Antonio Avaria

UN libro con más de cuarenta años tras de sí podría ser una entidad inexistente, o quizás una reliquia. Ni lo uno ni lo otro, esta obra de Claudio Giaconi (Curicó, 1927), *La difícil juventud*, mantiene su fuerza, su vigencia, su sorpresa. El lenguaje, releyéndolo hoy, resulta insólitamente limpio, nada vetusto ni rebuscado; algo duro, sin regodeo sensual; escueto, sin brillo ni oropeles. De: estilo abrupto, despojado de metáforas.

Estos relatos, apuntes, o cuentos, provocan e inquietan, porque el lector en todo momento abriga la sospecha de que algo pasa por detrás de lo narrado. Al parecer, al autor no le interesa explicarlo todo meridianamente (¿pero no tiene el mediodía también su demonio?). Está contando otra cosa, más allá o detrás de la trama evidente. Magritte lo describe estupendamente, al pintar a la perfección una pipa y poner más abajo, como leyenda: "Esto no es una pipa". Es lo que hace Giaconi con su estética de lo sombrío, así bautizada por Jorge Edwards en un prólogo perspicaz e intensamente testimonial, acaso una confesión.

Ya en el primer cuento, que da título al libro (un título que ciertamente ha hecho historia), tras los detalles naturalistas de una clase media modestísima, de una viuda con sus dos hijos unidos por un sutil rencor, se desliza el proceso por medio del cual el joven cae en la cuenta de que el cuasihéroe es en verdad un fracasado, y comprenderlo quele. También la historia de dos muchachos que van de pavos en un vagón de tercera acaba siendo el aprendizaje de las diferencias, la desilusión y el fin de una amistad. En *El Conferenciante*, la sátira del romanticismo alemán asume notas de crueldad y grotesco; junto a la caricatura, estos acentos revelan la afinidad electiva del autor con el arte de Nicolás Gogol, quien fuera objeto de un memorable y visionario ensayo del mismo Claudio Giaconi (*Un hombre en la trampa*, 1960). Se trata, asimismo, de una experiencia iniciática la que vive el muchacho sentado en una tarde polvorienta bajo un pimiento en la plaza de Copiapó. Es el desinterés por la anécdota, lo opuesto a cierta literatura de gran moda (Isabel Allende, Marcela Serrano, Angeles Mastretta en su última novela) que es pura anécdota, de vasto y seguro consumo, y que no despierta sospecha.

En *Una experiencia literaria*, verdadero manifiesto de la Generación del 50, reproducido en esta edición, Giaconi añade el escepticismo, el



desencanto, el "todo nos parecía corrupto, sospechoso, desagradable, feo" (¿no se ha señalado que eso está en el aire que creen respirar los muchachos y muchachas de 18 a 24 años?), y comprobamos curiosamente ciertos rasgos comunes con la promoción de escritores de "la década infame"—la del 80—, interpretada por José Donoso bajo la

rúbrica de *La Desesperanza* y gran bestia negra de los ensayistas de hoy. Entremedio había pasado, con pena y harta gloria, la *entusiasta* juventud de Antonio Skármeta, Ariel Dorfman, Mauricio Wacquez, Adolfo Couve, Poli Délano, José Luis Rosasco. Pues si el 50 carecía de rumbo, la generación siguiente rumbeó firme. (Hacia utopías revolucionarias y estéticas, hacia la marcha con la historia o hacia la vida en rosa). Escribía Giaconi en 1958: "Los hombres y mujeres... entre los veinte y los cuarenta años han nacido con una herencia desastrosa...: somos algo así como huérfanos...".

No de otra manera define, en estos días, el investigador Rodrigo Cánovas a la generación de escritores nacidos entre 1950 y 1964: "el abordaje de los huérfanos".

Tenía razón Hernán Díaz Arrieta, el controvertido crítico Alone, al concluir su comentario de *La difícil juventud*, hace la friolera de cuarenta y cuatro años, de la manera siguiente: "El arte de Giaconi no es nada tranquilizador. Si traduce, como afirman, el alma de las nuevas generaciones, ya podemos ir preparando ropajes fúnebres. ¡Qué gran enterrador! Es otra época del arte nacional".

Por consiguiente, con nuestra pizza de ironía, ya podemos ir poniendo nuestras barbas en remojo.

Texto Escogido

-NO vas a terminar hasta quedar sin empleo —le decía su madre. De todos modos, el otro —el trabajo exigido por el mundo para no admitirlo a regañadientes en su seno— lo cumplía debidamente, partiendo a su oficina todos los días a responsabilizarse de una obligación que lo empujaba por el hecho de eludirla sólo a medias. A veces, envidiaba a su hermano Afrodísio, que se sometía al cumplimiento de sus actividades con un excelente buen humor, con la creencia de que no existía otra cosa en el mundo.

Y no era casual que, en el último tiempo, Afrodísio hubiese perdido el respetuoso temor que le inspiraba su hermano. Toda su vida había envidiado la desenvoltura de su intelecto, consis-

tiendo la suya en disimular a todo trance su propia envidia. Ahora, viéndolo más y más absorbido por sus libros, descuidando de este modo el mantenimiento de la casa, no veía en él sino una víctima de los estragos causados por la lectura y por el excesivo cavilar. Un día, exasperado por la indolencia de Gabriel, se le acercó y rompió a hablar algo que, por lo sorprendente, no pudo entender en el primer momento.

—Hablamos de ti —dijo Afrodísio—. "¡Ah! Se trata de una visita secreta que habrá hecho al Padre Pablo". Oyó aún la voz de su hermano, muy distante y tamizada a través de sucesivos filtros, hasta llegar a él como descarnada e impersonal, que decía: —Te puedo asegurar que no te tiene en un concepto muy alto...